



Figura 3

Cuando ejercía como medico rural en el ingenio Santa Gertrudis, provincia de matanzas en 1920.

EL INFIERNO Y LA ESPERANZA

(NOTAS SOBRE UN SANATORIO DESDICHADO)*

Es la Esperanza más bien un infierno, aunque las escenas del Horco no se marcasen hondamente en las carnes de los tuberculosos maltratados, como se marcaron, dantescas, en las sombras dolientes de los pobres locos de Mazorra. La Esperanza como todos los Hospitales públicos, ha sido durante la noche interminable que constituyó el machadato, pesadilla y horror, vergüenza y aquelarre embadurnados de mediocridad, ramplonería y cuatrismo. Allí del hambre que habían de padecer los enfermos además de su enfermedad, para regodeo y beneficio de explotadores encabezados por algún director de manga ancha e ideas cortas; allí, del privilegio y la politiquería bajuna, manejadas con habilidad de comité de barrio por muñidores sin conciencia, que aspiran a trepar desde la dirección de estos establecimientos, donde todo dolor tiene su nota desgarrada, a un escaño del capitolio dorado y lejano, faro enorme que recorta sus líneas estentóreas de la impudicia, sobre la ciudad desdibujada. Allí el dejar hacer y el dejar pasar; allí la firma pronta y sobona para los jugosos por cientos; allí los homenajes ridículos y las colectas autorizadas contra los bolsillos exhaustos de los enfermos, para regalarle calzoncillos, el día de su santo, al "señor director". Allí, todo y de todo, menos una organización científica y responsable, eficiente y capaz de fijar normas, marcar criterios o jalonar rutas directrices, por los caminos de universalidad, que hoy constituyen la Tisiología moderna; señalemos, sin embargo, porque es de justicia, los esfuerzos mantenidos hasta la inanidad o el desmayo, de los pocos compañeros que lucharon por curar enfermos, bogando contra la corriente, en este putrúlagos de estulticia y mala fe, a partes iguales que ha sido durante tantos años el Sanatorio "La Esperanza".

¿Pruebas de cuanto llevo dicho? A millares podrían aportarlas los pobres enfermos, tan maltratados como escarnecidos; dirían su hambre de siempre, con presupuestos jugosos que consignaban

Publicado en la Revista "Bohemia". Diciembre 24 de 1933.
para subsistencia de cada paciente, cincuenta centavos todavía en el año 30-31 y treinta y cinco en el presupuesto pasado, que bastan para ofrecer una ración de lujo, nunca gustada; qué digo de lujo, ni aun siquiera la necesaria para cubrir sus gastos energéticos y menos la suplencia calórica que exigía y exige en buena terapéutica, la enfermedad tuberculosa; pero se robaban el dinero "equitativamente repartido", pagando las cajas de huevo a catorce pesos ochenta centavos y el litro de agua con leche, de la finca "Berta", propiedad del yerno de Machado, a doce centavos. Contarían los enfermos tantas anécdotas vergonzantes que parecen increíbles, verdaderos capítulos de la más descarnada novela picaresca que movería a risa no a pocos, si no contuviesen un fondo inaudito de tragedia las rifas, los homenajes, las cocinas rinconeras manejadas por enfermos; pálidos confetis de este carnaval trágico-cómico.

Como no quiero ahondar en estas cosas menudas y pestilentes, de puro sabor, machadista, y sí referirme a la desorganización técnica del Sanatorio, a su falta de contenido vital y científico, a su vida anemiada y raquítica, de puro desgano; carente de correlación, de trabajo, de entusiasmo; desprovisto de eficacia social de su desconexión del ambiente y del enfermo después del alta, sin proyección alguna ni pronunciamiento sobre la cultura médica especializada en el sector de la tuberculosis, que está obligado a encauzar y dirigir, sin que pueda ceder su puesto de mantenedor laborioso, atento a enjuiciar todos los problemas médicos sociales que le son afines; como me interesa destacar estos hechos diré, antes que otra cosa la carencia de instrumentos de trabajo que hoy son imprescindibles, en todo sanatorio donde se hace vida científica activa y que aspire a ser algo más que un almacén de enfermos. No había, ni hay todavía, una sola esterilizadora en uso; faltaron siempre lámparas de luz alpina, tan necesarias para el tratamiento de algunas formas de tuberculosis y especialmente para la complicación intestinal; no existe un equipo radiológico, y de los tres aparatos de radioscopia hay uno echándose a perder, sin tubo y sin pantalla. El laboratorio es un desastre, indotado y rutinario, no cumple las más elementales funciones de investigación; se carecía de colorantes y útiles hasta para hacer un examen de sangre.

Los servicios de garganta y cirugía dental se esforzaron inútilmente, hasta el cansancio, en hacer obra útil y rodaron al fin por la suave pendiente del trabajo cómodo sin fatigarse, carentes de todo recurso. No hablemos de las técnicas más especializadas que exigen aparatos de precisión y algún costo, para dotar servicios de toracosopia y toracocáustica, broncoscopia y metabolismo basal,

para no citar más, que hoy funcionan rutinariamente en todos los establecimientos sanatoriales.

Por lo que respecta a los enfermos, solamente ingresaban mediante la obligada carta de los ridículos personajes de entonces, carta que el "señor director" añadía al expediente y contestaba siempre, meloso y zalamero, preparando su postulación; los nombres de *Ainciart, Pepito, Mañalich, Trujillo* y *comparsa*, aparecen entre los firmantes; una vez ingresados, sin clasificación adecuada para su distribución ulterior, se repartían los enfermos sin orden ni criterio científico, atendiendo a las preferencias o estableciendo los privilegios que señalaba el "señor director" con la finalidad de complacer a sus amigos a colocar en lugar destacado de la carretera, para recreo de visitantes y turistas, a las muchachitas más lindas y agraciadas, a las que lucían mejor, ocultando en las casetas alejadas y poco visibles a las oirás, que llevaban sin afeites, sobre sus carnes doloridas y enfermas, los signos evidentes del hambre y la miseria. La promiscuidad de los enfermos que convivían estrechamente, sin tener en cuenta sus distintos grados de evolución; un enfermo con lesiones avanzadas junto a otro con lesiones mínimas a quien reinfestaba continuamente, constituye una de las páginas más elocuentes que pregonan la ignorancia culpable y el desamparo criminal, que regían este infortunado sanatorio, en maridaje bien llevado, con proveedores sin conciencia y autoridades sanitarias de igual contextura; tipos de la peor especie, que deshonrarían la cárcel, tantas veces honrada entre nosotros en los últimos tiempos, y sólo merecen el paño de muro que habrían de salpicar en su agonía.

Un paseo rápido, dirigido al azar, por los demás departamentos y servicios del sanatorio, nos llevaría a una cocina destartada y mugrienta, sin enseres ni utilería y en la que asoman sus vientres despanzurrados, ollas y cacerolas milenarias cuyas tapas cribadas por agujeros como ventana, les permitían asomarse al rancho carcelario; la reparación de la cocina ha costado ciento sesenta pesos; la utilería necesaria para utilizarla costará alrededor de doscientos. Los dos refrigeradores están inservibles, el de hombres, prácticamente nuevo, sufrió desperfectos en su equipo eléctrico y no funcionó más. Su reparación cuesta ahora ciento treinta pesos; el del sanatorio de mujeres habrá que hacerlo nuevo, ya que sólo constituye un baluarte de cucarachas, agrietado y ronqueante; además, no hacían falta, porque no tenían nada que conservar.

Las casetas de los enfermos tienen aspecto presentable y hasta alegre; es cierto que muchas son nuevas; la pintura está bien

conservada en la mayoría; pero las camas carecen de ropa y las colchonetas y almohadas riñeron tan fiera batalla entre sí, que asoman sus visceras, cicatrices y nudosidades, en viva protesta de que se las tome por objeto de reposo, cuando son ellas quienes piden el eterno descanso y un crematorio que no existe. Las sillas de extensión, que debía tener cada enfermo la suya, tan necesarias para complementar el reposo al aire libre como la misma cama, andan cojituertas por algún sótano, esperando la mano piadosa del carpintero que paga el sanatorio, pero que está muy ocupado siempre, reparando las propiedades privadas del "señor director". Reparar estas sillas, que ya están reparándose, costará unos doscientos pesos.

Las calles y parques constituyen el orgullo del sanatorio y su mejor ornato; las primeras llevan nombres de damas que otrora pasearon su boato, para bautizarlas bajo el signo de la machadocracia, en un discurrir amable de caridad bien anunciada por la crónica social; los segundos ostentan su blasón inglés, de césped cuidadosamente recortado, de canteros simétricos, de arboiitos de navidad y nacimiento, todos ¡guales y de la misma altura. Antiguamente, cuando el sanatorio tenía sabor de trópico, los algarrobos centenarios, laureles y framboyanes, entrelazaban sus frondosas copas y tejían la sombra acogedora que propiciaba el descanso; el "señor director" quiso parques ingleses y ordenó que taladrasen los árboles viejos, así demostró su autoridad, que desde entonces quedó encadenada a la vigilancia del césped, en potencia de ser pisado por tantos malandrines que desoían sus estentóreas voces: ¡No pase por ahí! ¡Yo soy quien soy y no piso la hierba!

Los enfermos eran vejados, además de maltratados; hambre, gritos y otras cosas, entre ellas no pagarles sueldo o pagarlo misérrimo; pero el mercado de indigentes no estaba lejos y constituyó un buen venero para sustituir a los que se aburrían de trabajar entre tuberculosos, malcomidos y sin sueldo, por la casa y la comida; sótano infecto y rancho del Príncipe, ligeramente disminuido. En el departamento de hombres trabajaban catorce sirvientes y ganaban diez y ocho pesos cincuenta centavos; fueron tan mansos, sin embargo, que en el albur de arranque, cuando el "señor director" puso los pies a buen recaudo, en una fuga discreta de huye que te cogen, sin cuidarse de! equipaje, y dejando abandonados entre las manos de la turbamulta enfurecida, hasta sus flamantes trajes de etiqueta; fueron tan mansos, repito, que lo dejaron ir tranquilamente, sin romperle ni siquiera un hueso de poca significación anatómica, como el parietal o el esfenoides.

Los médicos y enfermeras, por espíritu de clase añadirían poco a cuanto llevo dicho; pero como el espíritu de clase no puede significar complicidad ni cobardía, añadirían bastante; demás, en esta hora de las sanciones necesarias, estamos obligados a denunciar todas las villanías que nos punzaron de cerca y que nos asfixiaron con el vaho mefítico de su podre, estimuladas por su régimen de vicios oprobiosos y de crímenes nefandos; cuando estas granujadas fueron cada día la zarza de nuestro camino y cada día nos humillaron y ofendieron, la denuncia cobra entonces sabor nuevo y deviene deber inaplazable; de otro modo sería siempre cierta la manida frase del mal comediógrafo; "los granujas no viven de sus granujadas, viven de nuestra cobardía".

Puede el sanatorio recobrase con la mayor rapidez posible, si me brindan un poco de ayuda. Lo primero es comer y el capítulo de subsistencia, como todos los capítulos que consigna la vigente ley de presupuestos para el sanatorio La Esperanza, habrá que rehacerlo de inmediato o limitar su capacidad de asistencia al número de enfermos a quienes se pueda alimentar adecuadamente, con el dinero consignado; los enfermos ingresan por padecer tuberculosis, que ya es bastante, para que además sufran hambre. Si esto no se remedia, la mitad aproximadamente de los enfermos tendrán que abandonar el sanatorio; felizmente parece que va a solucionarse muy pronto, con la situación de los fondos necesarios. Lo demás vendrá después y cuanto antes, ya que sólo significa organización, esfuerzo mantenido, eficiencia técnica y capacidad, sacrificio y devoción para enfocar y resolver todos los problemas médico-sociales, de trabajo e investigación, que plantea cada amanecer el funcionamiento científico de un sanatorio, doblado por nuestro afán legítimo de superación técnica. Baste afirmar para el futuro, que a mi juicio, toda institución de esta índole está obligada a recoger cada año, en un volumen, el fruto de su labor y dedicación, para sumarlas al balance científico general y contribuir a la integración de una cultura, que se perfile y decante en el tiempo con caracteres propios, y el ensanchamiento de una disciplina particular, cuya difusión intensificada por el ejercicio y la enseñanza, tiene en el libro su mejor vehículo, y brinda con el libro los factores inexcusables para la valoración honrada de un esfuerzo sostenido y limpio.